Notas de Elena G. de White

Lección 2
8 de octubre de 2011

Pablo, apóstol a los gentiles

Sábado 1 de octubre

Los gálatas eran idólatras, pero cuando los apóstoles les predicaron, se gozaron en el mensaje que les prometía libertad de la servidumbre del pecado. Pablo y sus colaboradores proclamaron la doctrina de la justicia por la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo. Presentaban a Cristo como Aquel que al ver la impotente condición de la especie caída, vino a redimir a los hombres y mujeres viviendo una vida de obediencia a la ley de Dios y pagando la penalidad de la desobediencia. Y a la luz de la cruz, muchos que nunca habían conocido antes al Dios verdadero, empezaron a comprender la grandeza del amor del Padre.

Así se les enseñaron a los gálatas las verdades fundamentales concernientes a "Dios el Padre", y "a nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro". "Por el oír de la fe", recibieron el Espíritu de Dios, y llegaron a ser "hijos de Dios por la fe en Cristo" (***Hijos e hijas de Dios*, p. 346**).

Domingo 2 de octubre: Pablo, el autor de la carta

La Palabra de Dios, como el carácter de su divino Autor, presenta misterios que nunca podrán ser plenamente comprendidos por seres finitos. La entrada del pecado en el mundo, la encarnación de Cristo, la regeneración y otros muchos asuntos que se presentan en la Biblia,

son misterios demasiado profundos para que la mente humana los explique, o para que los comprenda siquiera plenamente. Pero no tenemos razón para dudar de la Palabra de Dios porque no podamos entender los misterios de su providencia. En el mundo natural estamos siempre rodeados de misterios que no podemos sondear. Aun las formas más humildes de la vida presentan un problema que el más sabio de los filósofos es incapaz de explicar. Por todas partes se presentan maravillas que superan nuestro conocimiento. ¿Debemos sorprendernos de que en el mundo espiritual haya también misterios que no podamos sondear? La dificultad está únicamente en la debilidad y estrechez del espíritu humano. Dios nos ha dado en las Santas Escrituras pruebas suficientes de su carácter divino y no debemos dudar de su Palabra porque no podamos entender los misterios de su providencia.

El apóstol Pedro dice que hay en las Escrituras "cosas difíciles de entender, que los ignorantes e inconstantes tuercen... para su propia destrucción" (2 Pedro 3:16). Los incrédulos han presentado las dificultades de las Sagradas Escrituras como un argumento en contra de la Biblia; pero muy lejos de ello, éstas constituyen una fuerte prueba de su divina inspiración. Si no contuvieran acerca de Dios sino aquello que fácilmente pudiéramos comprender, si su grandeza y majestad pudieran ser abarcadas por inteligencias finitas, entonces la Biblia no llevaría las credenciales inequívocas de la autoridad divina. La misma grandeza y los mismos misterios de los temas presentados, deben inspirar fe en ella como Palabra de Dios (***El camino a Cristo*, pp. 107, 108**).

Quizá haya algunos que piensen que con su juicio limitado son completamente capaces de tomar la Palabra de Dios y afirmar cuáles son las palabras inspiradas y cuáles no lo son. Mis hermanos en el ministerio, quiero amonestaros para que salgáis de ese terreno. "Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es". No hay ningún hombre finito que viva ahora —no me importa quién es o qué puesto ocupe— al que Dios haya autorizado a entresacar y escoger en su Palabra.

Es cierto que el apóstol ha dicho que hay algunas cosas que son difíciles de entender en las Escrituras; sí, las hay. Y si no fuera porque hay temas que son difíciles y complejos para entender, bien podría el escéptico que ahora argumenta que Dios ha dado una revelación que no puede ser entendida —bien podría él, digo yo— tener algo más

que argumentar. La infinitud de Dios es tanto más alta de lo que nosotros somos, que es imposible que el hombre comprenda el misterio de la piedad (***Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 931**).

Lunes 3 de octubre:
El llamamiento de Pablo

En su esfuerzo por recuperar la confianza de sus hermanos gálatas, Pablo vindicó hábilmente su posición como apóstol de Cristo. Se declaró apóstol, "no de los hombres, ni por hombre, mas por Jesucristo y por Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos". El no había recibido su comisión de los hombres, sino de la más alta autoridad del cielo. Y su posición había sido reconocida por un concilio general en Jerusalén, cuyas decisiones Pablo había cumplido en todas sus labores entre los gentiles. A los que procuraban negar su apostolado, Pablo les presentó así pruebas de que "en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles" (2 Corintios 11:5), no para exaltarse a sí mismo, sino para magnificar la gracia de Dios. Los que procuraban empequeñecer su vocación y su obra, estaban luchando contra Cristo, cuya gracia y poder se manifestaban por medio de Pablo. El apóstol se vio forzado, por la oposición de sus enemigos, a defender decididamente su posición y autoridad (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 310, 311**).

Pablo había presentado a los gálatas el evangelio de Cristo en toda su pureza. Sus enseñanzas estaban en armonía con las Escrituras, y el Espíritu Santo había dado testimonio de sus labores. Por eso amonestó a sus hermanos a no escuchar nada que contradijera la verdad que se les había enseñado. Recordándoles nuevamente su propia experiencia, Pablo hace referencia a su celo y conocimiento de la religión judía y cómo en su juventud se había distinguido como un hábil y celoso defensor de la fe judía. Pero cuando Cristo se le reveló, renunció a todos los honores y ventajas que le esperaban y dedicó su vida a predicar acerca de la cruz. Apelando al juicio de sus hermanos, les mostró que nunca había actuado por motivos egoístas o mundanos, y que las doctrinas que les había predicado no le habían sido enseñadas por los hombres sino reveladas por el mismo Señor Jesucristo. Les recordó que después de su visión en Damasco, se había retirado a Arabia por tres años antes de ir a Jerusalén, donde pasó con los apóstoles solamente quince días antes de comenzar a predicar el evangelio a los gentiles, y que ni siquiera "era conocido de vista a las

iglesias de Judea, que eran en Cristo; solamente oían decir: Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba. Y glorificaban a Dios en mí" (Gálatas 1:22-24).

Al repasar su historia, el apóstol deseaba confirmar que había sido por una manifestación especial del poder divino lo que le había permitido comprender las grandes verdades del evangelio como habían sido presentadas en las escrituras del Antiguo Testamento y en la vida de Cristo. El conocimiento recibido directamente de Dios era lo que le permitía advertir y amonestar en forma tan solemne y positiva a los gálatas. Él no tenía dudas acerca del evangelio que les presentaba sino una seguridad y convicción absolutas de lo que había recibido. En su epístola marca claramente el contraste entre ser enseñado por los hombres y recibir la instrucción directamente de Cristo.

El apóstol insta a los gálatas a dejar a los falsos guías que los habían llevado por caminos equivocados y retornar a la fe que habían recibido de la Fuente de sabiduría y verdad. Esos falsos maestros no habían experimentado la regeneración; sus vidas seguían siendo impías y corruptas y actuaban con hipocresía. Su religión consistía en ceremonias con las cuales esperaban contar con el favor de Dios. No aceptaban la doctrina que dice que "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios", porque tal aceptación requería un gran sacrificio. En cambio se mantenían en sus errores y se engañaban a sí mismos y a los demás (***Sketches From the Life of Paul*, pp. 190-192**).

Martes 4 de octubre:
El evangelio de Pablo

"Gracia... a vosotros". Todo lo debemos a la gratuita gracia de Dios. En el pacto, la gracia ordenó nuestra adopción. En el Salvador, la gracia efectuó nuestra redención, nuestra regeneración y nuestra exaltación a la posición de herederos con Cristo. No porque primero lo amáramos a él, Dios nos amó a nosotros sino que "cuando aún éramos débiles" Cristo murió por nosotros e hizo así una abundante provisión para nuestra redención. Aunque por nuestra desobediencia merecíamos el desagrado y la condenación de Dios, sin embargo no nos ha abandonado dejándonos luchar con el poder del enemigo. Ángeles celestiales riñen nuestras batallas por nosotros, y si cooperamos con ellos podemos ser victoriosos sobre los poderes del mal.

Si no hubiéramos caído, nunca hubiéramos aprendido el significado de esta palabra "gracia". Dios ama a los ángeles que no pecaron, que realizan su servicio y son obedientes a todas sus órdenes, pero no les proporciona gracia a ellos. Esos seres celestiales no saben nada de la gracia; nunca la han necesitado, pues nunca han pecado. La gracia es un atributo de Dios manifestado a seres humanos indignos. Por nosotros mismos no la buscamos, sino que fue enviada en nuestra búsqueda. Dios se regocija en conferir su gracia en todos los que la anhelan, no porque son dignos, sino porque son completamente indignos. Nuestra necesidad es la característica que nos da la seguridad de que recibiremos este don.

La reserva de la gracia de Dios está esperando la demanda de cada alma enferma de pecado. Curará toda enfermedad espiritual. Mediante ella, los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Es el remedio evangélico para todo el que cree.

Podemos hacer progresos diarios en la senda ascendente que conduce a la santidad y sin embargo encontraremos todavía mayores alturas que alcanzar; pero cada esfuerzo de los músculos espirituales, cada cansancio del corazón y el cerebro ponen en evidencia la abundancia de la reserva de la gracia esencial para que avancemos...

El pecado ha destruido nuestra paz. Mientras el yo no sea subyugado, no podemos encontrar descanso. Ningún poder humano puede regir las dominantes pasiones del corazón. En esto somos tan impotentes como lo fueron los discípulos para dominar la rugiente tempestad. Pero Aquel que apaciguó las olas de Galilea ha pronunciado las palabras que proporcionan paz a cada alma. No importa cuán fiera sea la tempestad, los que se vuelven a Jesús clamando "Señor, sálvanos", hallarán liberación. La gracia de Jesús, que reconcilia el alma con Dios, aquieta la contienda de la pasión humana y en su amor halla descanso el corazón...

Todo el que consiente en renunciar al pecado y abre su corazón al amor de Cristo, se hace participante de esta paz celestial. No hay otro fundamento para la paz fuera de éste. La gracia de Cristo, recibida en el corazón, subyuga la enemistad; apacigua la lucha y llena el alma de amor. El que está en paz con Dios y su prójimo no puede ser desdichado. La envidia no estará en su corazón; no encuentran lugar allí las malas conjeturas; no puede existir el odio. El corazón que está en armonía con Dios es participante de la paz del cielo y difundirá por doquiera su bendita influencia. El espíritu de paz actuará como rocío

Recursos Escuela Sabática ©

sobre los corazones cansados y turbados con las contiendas mundanales (***En lugares celestiales*, pp. 34, 35**).

Miércoles 5 de octubre: No hay otro evangelio

¡Cuán diferente del modo en que Pablo escribió a la iglesia de Corinto, fue el proceder que siguió hacia los gálatas! A la primera la reprendió con cuidado y ternura; a los últimos, con palabras de despiadado reproche. Los corintios habían sido vencidos por la tentación. Engañados por los ingeniosos sofismas de maestros que presentaban errores bajo el disfraz de la verdad, se habían confundido y desorientado. El enseñarles a distinguir lo falso de lo verdadero requería cautela y paciencia. La severidad o la prisa imprudente de parte de Pablo hubieran destruido su influencia sobre muchos de aquellos a quienes anhelaba ayudar.

En las iglesias gálatas, el error abierto y desenmascarado estaba suplantando al mensaje evangélico. Cristo, el verdadero fundamento de la fe, era virtualmente desplazado por las anticuadas ceremonias del judaísmo. El apóstol vio que para salvar a los creyentes gálatas de las peligrosas influencias que los amenazaban, debían tomarse las más decisivas medidas, darse las más penetrantes amonestaciones.

Una importante lección que todo ministro de Cristo debe aprender es que debe adaptar sus labores a la condición de aquellos a quienes trata de beneficiar. La ternura, la paciencia, la decisión y la firmeza son igualmente necesarias; pero han de ejercerse con la debida discriminación. El tratar sabiamente con diferentes clases de mentes, en diversas circunstancias y condiciones, es un trabajo que requiere sabiduría y juicio iluminados y santificados por el Espíritu de Dios (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 308, 309**).

Los que trabajan en la causa de Dios en la actualidad encontrarán los mismos problemas que enfrentó Pablo en su trabajo. Satanás sigue intentando, mediante su accionar engañoso y jactancioso, apartar a los nuevos conversos de la fe. Con astucia introduce nuevas teorías y engaños para confundir la mente y desarraigar las doctrinas de la salvación, y aquellos que no acepten la Palabra de Dios tal como es, caerán en sus trampas. Hoy, como entonces, debemos hablar la verdad con santa audacia y escuchar el testimonio del mensajero de Dios a la iglesia naciente: "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado,

sea anatema" (Gálatas 1:8) (***Manuscript Releases*, tomo 7, p. 357**).

Jueves 6 de octubre:
El origen del evangelio de Pablo

En su carta a los creyentes gálatas, Pablo repasa brevemente los principales incidentes relacionados con su propia conversión y primera experiencia cristiana. Por este medio trató de demostrar que fue por una manifestación especial del poder divino, cómo él fue inducido a ver y recibir las grandes verdades del evangelio. Fue por instrucción recibida de Dios mismo cómo Pablo fue inducido a reprender y amonestar a los gálatas en tan solemne y positiva manera. Escribió no con vacilación y duda, sino con la seguridad de la firme convicción y del conocimiento absoluto. Bosquejó claramente la diferencia entre el ser enseñado por el hombre y el recibir instrucción directa de Cristo. El apóstol instó a los gálatas a dejar a los falsos guías por los cuales habían sido extraviados, y a volver a la fe que había sido acompañada por evidencias inconfundibles de la aprobación divina. Los hombres que habían tratado de apartarlos de su fe en el evangelio eran hipócritas, profanos de corazón y corruptos en su vida. Su religión estaba constituida por una ratina de ceremonias, con cuyo cumplimiento esperaban ganar el favor de Dios. No querían un evangelio que exigía obediencia a la palabra: "El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios" (Juan 3:3). Sentían que una religión fundada en tal doctrina, requería demasiado sacrificio, y se aferraban a sus errores, engañándose a sí mismos y a otros.

Substituir la santidad del corazón y la vida por las formas exteriores de la religión, es tan agradable para la naturaleza no renovada hoy como en los días de esos maestros judíos. Hoy, como entonces, hay falsos guías espirituales, a cuyas doctrinas muchos prestan atención ansiosamente. El esfuerzo premeditado de Satanás procura apartar las mentes de la esperanza de salvación mediante la fe en Cristo y la obediencia a la ley de Dios. En toda época el gran enemigo adapta sus tentaciones a los prejuicios e inclinaciones de aquellos a quienes trata de engañar. En los tiempos apostólicos inducía a los judíos a exaltar la ley ceremonial y a rechazar a Cristo; y actualmente induce a muchos profesos cristianos, con el pretexto de honrar a Cristo, a menospreciar la ley moral y a enseñar que sus preceptos pueden ser transgredidos impunemente. Es el deber de todo siervo de Dios resis-

tir firmemente a estos pervertidores de la fe y, por la palabra de verdad, exponer denodadamente sus errores.

En su esfuerzo por recuperar la confianza de sus hermanos gálatas, Pablo vindicó hábilmente su posición como apóstol de Cristo. Se declaró apóstol, "no de los hombres, ni por hombre, mas por Jesucristo y por Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos". Él no había recibido su comisión de los hombres, sino de la más alta autoridad del cielo. Y su posición había sido reconocida por un concilio general en Jerusalén, cuyas decisiones Pablo había cumplido en todas sus labores entre los gentiles (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 309, 310**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática